



Coordenadas habaneras de José Lezama Lima

Abilio Estévez

En un país en el que por regla casi universal los escritores y los artistas se cansan demasiado pronto de sí mismos y dejan su obra potencial a medio camino, él persistió, resistió todos los ataques, las incomprendiones, las burlas incluso, y se mantuvo fijo en su camino.

Gastón Baquero

Resulta siempre misterioso que una ciudad como La Habana, indiferente y hasta agresiva con sus escritores, haya provocado tanta pasión y tanta literatura. Es fácil, por supuesto, llegar a la conclusión de que justo esa impiedad puede ser la causa proporcional de tanta efusión literaria. Y no sólo en habaneros de nacimiento, por supuesto, desde Julián del Casal a nuestros días, sino también en habaneros de adopción –en muchos casos, más entusiastas incluso que los propios habaneros– como Lino Novás Calvo, Gastón Baquero, Alejo Carpentier o Guillermo Cabrera Infante.

En el lado paradójico de esta incógnita, en lugar destacadísimo, José Lezama Lima, el más habanero de los habaneros, el habanero perfecto (si tal cosa existe), más habanero que cubano, como ya se sabe. Nacido, en el célebre cuartel de Columbia, que, durante la primera ocupación, los norteamericanos fundaron en las colinas de Marianao; iniciado, robustecido y hasta negado, en La Habana. Muerto civil –y muerto definitivo–, entre el Paseo del Prado y la calle Trocadero, el poeta casi no conoció el resto de la isla. Un desplazamiento de media hora hasta Bauta, para almorzar con el padre Gaztelu, no significaba abandonar La Habana. Se sabe de un viaje, próximo el final de su vida, al valle de Viñales –viaje que,

por cierto, dejó un poema memorable—. Dos brevísimas escapadas al extranjero: a México en 1949, y a Jamaica, un año después. El resto, La Habana, siempre ella, con su Paseo del Prado, su calle Obispo, sus pequeñas y gozosas librerías. Gastón Baquero escribió que no había «conocido a nadie tan habanero» como Lezama. Como su autor, *Paradiso* es una novela habanera, exclusiva y totalmente habanera. Sólo podía haber sido escrita por alguien que transitara las calles reales e imaginarias de una ciudad tan hermosa como desagradecida. Y, como todo cuanto escribió tenía la ambición de conformar un sistema poético, cada poema, cada página de los ensayos, simulan las piezas de un grandioso mosaico habanero.

En 1958, mientras había comenzado ya a escribir su gran novela, Lezama Lima sumó en un libro algunos de los ensayos más importantes que había escrito hasta entonces y lo tituló *Tratados en La Habana*¹. En su segunda parte y, bajo el encabezado «Sucesivas o las coordenadas habaneras», reunió algunas (exactamente ochenta y cinco) de las páginas que, bajo la advocación de Michel de Montaigne, y sobre su ciudad, había publicado entre en 1949 y 1950, en una columna anónima de *El Diario de la Marina*. Todo aquel que se acerque a ellas, descubrirá, de algún modo, que se multiplican, se subrayan, se obstinan y resplandecen muchos de los temas habaneros de *Paradiso*. Allí están los paseos, los aguaceros, los ciclones y su amenaza, la alegría de las compras invernales, el «ocio bien llevado» de los parques, el béisbol, el mar, el Malecón, las librerías de viejos, la desolación de las playas de diciembre, las cenas de Navidad, el carnaval, los diálogos interminables... Es decir, aquella Habana que, sin saberlo, se acercaba al final de toda una época, y al inicio de su irrevocable destrucción.

Lezama llegó incluso a decir el 15 de diciembre de 1949, en uno de esos extraordinarios apuntes:

«El artista siente su ciudad, su contorno, la historia de sus casas, sus chismes, las familias en sus uniones de sangre, sus

¹ José Lezama Lima: *Tratados en La Habana*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1958.

emigraciones, los secretos que se inician, las leyendas que se van extinguiendo por el cansancio de sus fantasmas. Goethe fue el último europeo de gran estilo que extrajo sus fuerzas de la ciudad».

Treinta y tres años después de aquella edición de *Tratados en La Habana*, en 1991 (segunda edición, 2009), apareció en la editorial Verbum, que dirige en Madrid el poeta Pio E. Serrano, un tomo que, bajo el título *La Habana. JLL interpreta su ciudad*², destaca, reúne y casi completa las columnas aparecidas en el periódico habanero. Libro extraordinariamente hermoso, no sólo por su cuidada edición, su excelente diseño –en portada, un impresionante cuadro de un impresionante pintor cubano, Ramón Alejandro: *Las frutas de la pasión, el poder y la gloria*–, sino además porque se abre con «Palabreo para dejar abierto este libro», de Gastón Baquero, y con un prólogo acucioso del crítico José Prats Sariol. Esta publicación tiene además la virtud de completar noventa y nueve de las columnas publicadas por Lezama en *El Diario de la Marina*.

Al fijar los textos de esta edición de Verbum, Prats Sariol ha realizado en su prólogo algunas observaciones a las que muy poco se puede añadir: el «sesgo carnavalesco» de los mismos, su profundo humor, la irónica sonrisa lezamiana –el escritor siempre dibujó un camino entre la seriedad y la burla–; la provocación; el «sensualismo»; la referencia culta y la «tradición hermética, como hiciera Paul Valéry por la boca de *Monsieur Teste*»³.

Ahora, hace apenas unos meses, acaba de salir en La Habana una nueva edición de esas «coordenadas habaneras», en la que aparecen ciento trece textos: catorce más de los aparecidos en la edición de Verbum. Esta vez, la compilación y las notas han estado a cargo del meticuloso e incansable estudioso cubano Carlos Espinosa Domínguez (Cuba, 1950), profesor de Mississippi State University. Un hombre de gran beneficio para la cultura cubana, a quien debemos, entre otros, libros como *Cercanía de Lezama*

² José Lezama Lima: *La Habana, JLL interpreta su ciudad*, Editorial Verbum, Madrid, Segunda Ed. revisada y ampliada, 2009.

³ José Prats Sario: Prólogo, Op. cit., p. 28.

Lima, El peregrino en comarca ajena, Virgilio Piñera en persona, Del buen uso de las enfermedades.

Este nuevo inventario de las coordenadas habaneras lezamia-
nas aparece bajo el título de *José Lezama Lima. Revelaciones de
mi fiel Habana*⁴.

Otra vez contamos con un magnífico prólogo del propio
Espinosa Domínguez, donde éste sitúa la época y las circuns-
tancias en la vida de Lezama Lima que dieron origen a la cola-
boración del poeta con *El Diario de la Marina*. Espinosa expli-
ca por qué Lezama colaboró con el diario y por qué dejó de
colaborar. Su preocupación por redactar estos textos en un len-
guaje «más asequible»; su deseo de «tomar la actualidad como
punto de partida, da cabida a sitios, personas y hábitos de la ciu-
dad», aunque evita en todo momento «la banalidad de cualquier
costumbrismo».

«El hecho de que originalmente estos textos vieran la luz en un
diario –recalca Espinosa– no debe llevar al equívoco de decir
que en ellos literatura y periodismo se confunden, aparte de
que en los grandes escritores la división entre esas dos parcelas
es siempre artificial. Lo que hace Lezama no es en propiedad
periodismo (...).»⁵

Lo notable, en cualquier caso, es que, en el rescate de las «coor-
denadas habaneras» de Lezama Lima, tanto en la edición de Ver-
bum, como en la edición aún más ampliada de la editorial Unión,
el lector podrá encontrar una dimensión más –siempre sorpren-
dente, siempre provocadora, siempre comenzando–, del extraor-
dinario poliedro que es la obra de este inabarcable autor habane-
ro. Desde el sillón fijo de su pequeña, húmeda, oscura casa de la
calle Trocadero, en el centro de todas las algarabías, del trasiego de
La Habana, el viajero inmóvil conformó la imagen de su ciudad,
como si trabajara con fuerzas que lo arrebatában, que parecía que
iban a destruirlo; destruyó el lenguaje y lo creó; durante el día

⁴ José Lezama Lima: *Revelaciones de mi fiel Habana*, Compilación y notas de
Carlos Espinosa Domínguez, Ediciones Unión, La Habana, 2010.

⁵ José Lezama Lima: Op. cit. p. 10.

careció de pasado y por la noche fue milenario; se acercó a las cosas por apetito y se alejó por repugnancia.

Y cuando los tiempos fueron oscuros, supo encerrarse dignamente en su Vivarium, como Casiodoro, aquel senador latino del siglo V, el que fundó un monasterio llamado Vivarium con el fin de encerrarse, con los saberes antiguos, a la espera de mejores tiempos. Esos tiempos, como debía ser, inevitablemente, no importa si vivo o si muerto, llegaron para él. Y llegaron, claro está, para nosotros. Entre otras, ahí están también estas «coordenadas» para probarlo ©